



Universidad de
SanAndrés

Universidad de San Andrés

Departamento de Ciencias Sociales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Un estudio del liderazgo de Nelson Mandela en clave mosaica

Autor: Lucía Oddonetto

Legajo 24.159

Mentor: José Luis Galimidi

Victoria, Buenos Aires, Argentina

30 de mayo de 2016

“Todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados. Lo cual es cierto no solo por razón de su evolución histórica, en cuanto fueron transferidos de la teología a la teoría del Estado, convirtiéndose, por ejemplo, el Dios omnipotente en el legislador todopoderoso, sino también por razón de su estructura sistemática, cuyo conocimiento es imprescindible para la consideración sociológica de estos conceptos.”

Carl Schmitt, *Teología Política*



Universidad de
San Andrés

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	3
INTRODUCCIÓN	
Un enfoque filosófico-teológico al dilema del liderazgo político	4
CAPÍTULO UNO	
La metafísica del liderazgo político	6
CAPÍTULO DOS	
El Éxodo del líder: crecer en autoconsciencia sin dejar de lado su humanidad	13
CAPÍTULO TRES	
El largo camino: Nelson Mandela y su evolución como líder.....	26
CONCLUSIÓN	
Dos realidades, un mismo modelo metafísico.....	41
BIBLIOGRAFÍA	44

AGRADECIMIENTOS

A mi papá, Gustavo Oddonetto, y a mi mamá, Patricia Reyes, por haberme inculcado siempre el deseo de aprender y de descubrir. Gracias también por acompañarme desde el primer momento en el que decidí estudiar en la Universidad de San Andrés y por aconsejarme siempre que lo necesité.

A mi mentor, José Luis Galimidi, por inspirarme desde mi primer año en la universidad. Desde siempre me interesó la filosofía y la teoría política pero fue cuando entré a San Andrés, en mi primer cuatrimestre, que el profesor José Luis reafirmó mi interés por estos temas. Gracias, además, por el tiempo dedicado a conversar sin apuro, y por leerme y aconsejarme; tus palabras han sido siempre de gran ayuda. Te agradezco, también, por pensar un espacio como el grupo de lectura ya que funcionó para mí como un gran disparador de ideas. Por ello, agradezco asimismo a quienes forman parte de él, en especial a Giuliana Migale Rocco, por haberme escuchado y aconsejado siempre que lo necesité.

A la Universidad de San Andrés, por haberme dado la oportunidad de estudiar en un ambiente tan rico e inspirador y, por sobre todas las cosas, por ser un espacio que permite el desarrollo de ideas y de vínculos duraderos. San Andrés me permitió conocer amigos y profesores que me han acompañado durante estos últimos cuatro años y que han contribuido en gran manera, quizás más de lo que ellos saben, en el desarrollo de mi trabajo de graduación. En este sentido, le agradezco profundamente a los profesores que, con gran vocación, dedican parte de su tiempo a aconsejar a los alumnos y a responder a sus inquietudes ya que son estos momentos los que hacen de San Andrés una experiencia sumamente enriquecedora. Por ello, agradezco especialmente a Federico Merke, Lorena Moscovich, Francisco Corigliano y Daniel Friel.

A mis amigos y compañeros de San Andrés, gracias por los momentos compartidos durante estos últimos cuatro años y por haberme inspirado a través de sus palabras y de sus acciones.

INTRODUCCIÓN

Un enfoque filosófico-teológico al dilema del liderazgo político

A pesar de que el relato bíblico se encuentra inevitablemente atravesado por la omnipotencia de un Dios creador, encontramos también la historia sobre la constitución de una comunidad política que se encuentra integrada tanto por líderes excepcionales como por seres humanos marcados por sus falencias. En este sentido, el hombre que esboza la Biblia aparece como un ser esencialmente carente. Pero es esta carencia lo que hace de la Biblia un relato pedagógico ya que, a medida que el hombre progresa en autoconsciencia e identifica su finitud como intrínseca a su persona, puede crecer y desarrollar sus potencialidades. De esta forma, observamos que surgen líderes excepcionales capaces de guiar al pueblo hebreo en su cometido. Uno de estos líderes por excelencia es Moisés, un personaje que, a medida que pasa el tiempo, crece en autoconsciencia y se capacita de manera progresiva, mostrándoles al pueblo y a Dios en qué consiste el liderazgo.

Teniendo en cuenta lo anterior, el presente trabajo de graduación estudiará la Biblia a la luz de la teología política. Más específicamente, analizaremos las características revolucionarias del Éxodo y la figura de Moisés como un líder revolucionario. Esto será luego analizado en un estudio del apartheid en Sudáfrica y, más particularmente, en la figura de Nelson Mandela como líder de un movimiento de liberación. De ello se desprende que en este trabajo de graduación intentaremos dilucidar si la estructura fenomenológica del Moisés bíblico puede encontrarse replicada en otros casos pertenecientes a la historia contemporánea. Al hablar de la estructura fenomenológica del líder, nos referimos a cómo se presentan determinadas situaciones en su conciencia y al mapa cognoscitivo que este elabora al momento de accionar.

Tanto en el relato bíblico como en el caso propuesto, la revolución que acontece no se cristaliza en un movimiento de liberación llevado a cabo meramente por el grupo que ha sido oprimido ya que estos sujetos no son aún agentes autónomos. Por consiguiente, quien lleve a cabo la labor revolucionaria debe ser un líder que esté, por un lado, dentro del colectivo y, por otro lado, fuera de este. Pensar cualquier secuencia de eventos que comprenden “opresión-movimiento de quiebre revolucionario-liberación” en los términos aquí expuestos nos lleva a concebir la historia relatada en el Éxodo y la

historia de Sudáfrica durante el apartheid como relatos de un líder, en cierto sentido extraordinario, en cierto sentido un ser humano autoconsciente de sus limitaciones, quien posibilita la liberación de su pueblo.

Ambos casos involucran la existencia de un pueblo esclavizado que ha sido liberado, a pesar de que no se puede afirmar con seguridad que este haya sido exclusivamente el agente de su propia emancipación. Como producto de ello, surge la figura de Moisés, por un lado, y la de Nelson Mandela, por el otro, como líderes cuyas características han ido retratadas a lo largo de la historia del pensamiento político Occidental en la obra de autores que incluyen a Platón, Maquiavelo, Rousseau, Schmitt, Weber, entre otros. Por consiguiente, en el presente trabajo de graduación se discutirá la metafísica del liderazgo político por lo que, naturalmente, desarrollaremos los conceptos más relevantes para el análisis de los casos seleccionados. En este sentido, se tratarán nociones vinculadas al liderazgo político teniendo en cuenta las ideas de los grandes autores del pensamiento teórico-político. En este punto, consideraremos también tres ejes que guiarán el trabajo de graduación final y que están íntimamente relacionados con el proceso de liderazgo que tanto Moisés como Nelson Mandela experimentaron.

En primer lugar, se tendrá en cuenta la soledad del decisor como un factor distintivo de la labor que lleva a cabo. En este sentido, creemos que, en un momento dado de su historia, Nelson Mandela y Moisés se enfrentan con la realidad de ser ellos quienes deciden en representación de un colectivo que, a pesar de estar constituyéndose como pueblo, no es todavía lo suficientemente autónomo como para decidir por sí mismo. Entonces, es el líder quien decide “en representación de” y considerando lo que él cree es más adecuado. Por ello, decimos que en estos casos también se observan las cualidades de la soberanía schmittiana. Asimismo, ser quien encabeza la labor revolucionaria significa dedicar su vida a la causa, por lo que la soledad también reside en el sacrificio que el líder hace al dejar de lado los momentos más personales de su historia para convertirse, casi exclusivamente, en una figura pública. En segundo lugar, analizaremos las figuras de estos líderes a partir del desafío que presentan los conceptos de voluntad y virtud teniendo en cuenta los escritos de Maquiavelo. Por último, tomaremos los conceptos de destino y fortuna (también en el sentido maquiavélico) que podrían entrar en tensión con el segundo eje propuesto.

CAPÍTULO UNO

La metafísica del liderazgo político

En términos generales, cuando nos referimos al líder y, por lo tanto, al liderazgo, los definimos como individuos, dentro de un grupo, que detentan una posición de poder tal que influyen en forma determinante en las decisiones de carácter estratégico. Dicho poder que ejerce activamente y encuentra una legitimación en su correspondencia con las expectativas del grupo (Bobbio et al 2005). En este sentido, el liderazgo requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, variables en función de su contexto y, asimismo, este rol se encuentra ligado a las expectativas de sus seguidores, con sus recursos, sus demandas y sus actitudes.

Ahora bien, es cierto que la palabra “liderazgo” no es una palabra que suele aparecer en los libros canónicos acerca del pensamiento político occidental. Sin embargo, un breve recorrido por los principales pensadores políticos dará como resultado que el liderazgo como tópico ha sido abordado por muchos de ellos. Una de las razones bien podría ser que el liderazgo como tal está inevitablemente vinculado a los conceptos de soberanía, gobierno y representación (Keohane 2014, 25). No es del todo sorprendente pensar en el liderazgo como un tema de relevancia política, más aún si se considera que lo político como fenómeno refiere a su vez a lo social y que, el liderazgo, en su sentido más amplio, es central para la actividad social humana. En este sentido, Keohane opina que los líderes son quienes “determine or clarify goals for a group of individuals and bring together the energies of members of that group to accomplish those goals” (2010, 23).

Como cualquier tópico de relevancia política, el liderazgo y, más específicamente el liderazgo político, han sido explorados por una gran variedad de autores a lo largo de la historia del pensamiento político occidental. Si bien, como señalamos previamente, la palabra liderazgo no suele figurar de forma explícita, es también cierto que, pensadores tan antiguos como Platón, han desarrollado su pensamiento teniendo en cuenta el liderazgo político. Tanto él como Maquiavelo y Weber consideran que la violencia es un factor que se encuentra en la raíz del liderazgo político. Asimismo, en su visión el líder político se ve, necesariamente, arrastrado a “engañar” a otros ciudadanos, siendo los gobernantes quienes pueden mentir justificadamente en nombre del estado (Keohane 2014, 27). Otra característica distintiva del liderazgo platónico refiere al hecho de que

muchas de las tareas asociadas a este concepto como, por ejemplo, dar discursos, pueden ser delegadas a otras personas, en tanto el líder tiene como rol supervisar y guiar el trabajo de otros. La visión del líder platónico es, en cierto sentido, casi equiparable a la de un Dios, ya que quien gobierna posee talento natural, experiencia y responsabilidad a la hora de guiar a las comunidades humanas.

En contraposición con su contemporáneo, Aristóteles rescata que los ciudadanos son quienes deben tomar turnos para proveer liderazgo político. En este sentido, Aristóteles define al estadista como quien ejerce su autoridad siguiendo reglas previamente definidas y como quien gobierna pero también, llegado su momento, es gobernado. De esta forma, los hombres aprenden a liderar habiendo sido buenos seguidores (Keohane 2014, 29). Tomando las consideraciones de ambos filósofos griegos se puede tener en cuenta la figura de un líder que es, en cierto sentido, excepcional pero que, al mismo tiempo, no deja de haber adquirido su experiencia tras haber sido parte de las masas.

Si tenemos en cuenta escritos más contemporáneos, Lenin resulta un pensador interesante de analizar, más aún debido a su consideración del concepto de revolución. Según este autor, la conciencia política necesaria para hacer una revolución nunca podrá emerger espontáneamente entre las masas, sino que debe presentarse “desde afuera”, a través de un pequeño grupo de líderes “iluminados” (Lenin 1929). Sin ellos, en definitiva, será imposible llevar a cabo una revolución exitosa.

Por su parte Weber, contemporáneo de Lenin, considera que quien posee el poder político debe tener tres características: pasión, un sentimiento de responsabilidad y una sensación de proporción. Ello refiere al hecho de que el líder debe sentirse parte de una causa que lo trasciende, de modo que el objetivo que se propone es mayor a su propio progreso como estadista. De todas formas, también es cierto que un buen líder tiene en cuenta la responsabilidad que les debe a aquellos a quienes gobierna y, en línea con esto, posee una sensación de proporcionalidad a la hora de perseguir el objetivo elegido. Ahora bien, esto último no suele aparecer con frecuencia en combinación con la primera característica, es decir, la pasión por servir a una causa, en tanto la proporcionalidad requiere un líder que es capaz de salirse de sí mismo y de la realidad que lo acongoja para analizar objetivamente su propio comportamiento (Keohane 2014, 37).

El sentimiento de responsabilidad en Weber termina siendo crucial para su obra ya que, para este pensador, la política trata, en definitiva, sobre violencia: “the distinctive feature of politics is the legitimate monopoly of violence. This is what makes the politician’s task so fraught with difficult ethical choices” (Weber 1958, 125). De las tres características que propone Weber se desprende un dilema al que inevitablemente deberá enfrentarse el líder, esto es, que es responsable de decidir por la sociedad que lidera aun cuando la decisión que tome no siempre sea la que moralmente hubiese preferido tomar¹.

En suma, el liderazgo político ha sido analizado a lo largo de la historia política por muchos autores pero, para este trabajo de graduación, tendremos en cuenta las diferentes características que exponen Platón, Aristóteles, Lenin y Weber. Asimismo, tampoco dejaremos de lado escritos como los de Maquiavelo, Rousseau y Schmitt; los cuales serán analizados más adelante. Si bien es cierto que todos estos autores no siempre concuerdan en su visión de lo que hace a un líder político, nosotros proponemos tomar los diferentes matices para hacer del liderazgo político un concepto que tenga en cuenta las diversas posibilidades que pueden encontrarse en la realidad, considerando, más aún, la complejidad que supone lidiar con personajes que, sin importar lo extraordinarios que puedan ser, son también seres humanos.

Al analizar el liderazgo de Moisés, por un lado, y el de Nelson Mandela, por el otro, tenemos en cuenta lo propuesto por Schmitt en cuanto a los conceptos de soberanía, excepcionalidad y normalidad. Para el jurista alemán, la forma “autoridad”, es decir, la decisión como función de orden, implica la personalización de la soberanía. El soberano es quien actúa sobre lo excepcional, es decir, es quien le pone fin al estado de excepción con medidas excepcionales en comparación con las previstas por el sistema legal vigente (Dotti 1996). Por ende, el juicio que importa es el del soberano, quien impone su interpretación y un modo de resolver la crisis. Entonces, la decisión soberana es aquella que garantiza la convivencia pacífica sobre una base de consenso y de coacción.

¹ Vemos aquí un caso que podría referirse al problema de las “manos sucias” tratado por Walzer en su ensayo *The problem of Dirty Hands* (1973), *Philosophy & Public Affairs*, Vol. 2, No. 2, pp. 160-180). Según este autor un acto particular de gobierno puede ser la opción correcta en términos utilitaristas pero, aun así, puede ocurrir que el hombre que toma la decisión se sienta como si hubiese hecho algo moralmente incorrecto.

Es el soberano quien, frente al escenario de la nada misma, impone su voluntad de salir del desorden. La situación de la nada es una de desorden profundo, el cual ha ido más allá del límite de nuestra auto-concepción y no hay más que voluntades inconexas. Así como el caso excepcional escapa a la norma regularmente vigente, la decisión soberana también debe estar fuera del sistema operante sobre la base de previsibilidad y de la estabilidad. La excepción abre el interrogante acerca de quién debe ser competente en el caso para el cual no estaba prevista ninguna competencia

La acción del soberano se resume en que es quien tiene el monopolio de la decisión última, siempre en vistas de re-normalizar la situación, es decir, que aspira a revigorar el Estado y, una vez hecho esto, entiende que debe ausentarse ya que en condiciones de normalidad, la soberanía se despliega neutralizada en forma de procedimiento administrativo, impersonal y burocrático. En palabras de Schmitt:

Es necesario de todo punto implantar una situación normal, y soberano es quien con carácter definitivo decide si la situación es, en efecto, normal [...]. El asume el monopolio de la última decisión. (2009, 18)

El soberano, entonces, debe ser un vector de normalidad, capaz de ponerle fin a la crisis de independencia y a la anarquía que sobrevendrá luego. Por todo lo anterior, decimos que el prevalecer de la lógica de la excepción depende de la decisión del soberano, monopolizador de la hermenéutica (Dotti 1996).



Si bien las ideas propuestas por Schmitt pueden ser aplicadas a los casos a analizar, encontramos también gran valor en los escritos de Rousseau, en tanto este autor propone que mediante el pacto social se le da vida al cuerpo político. En este sentido, se podría decir que con el pacto social se evidencia un momento de renovación en el cual el hombre es redimido por la muerte de “su viejo yo”. En otras palabras, el hombre se sumerge en ese río que posibilita la redención y emerge confiando en la capacidad cooperativa de los demás. Este acto fundacional se logra solo si el hombre confía y sabe que el resto de los hombres actuará de mismo modo. Una vez que se acuerda en darle vida al cuerpo político, se trata de decidir cómo se conservará. En este sentido, Rousseau apunta que el hombre necesita de gobierno y leyes porque necesita que le

impongan lo que es capaz de ver pero no quiere cumplir. Si, como dice Rousseau, hacer las leyes corresponde a la voluntad general, observamos entonces un momento de despersonalización de la gestión soberana desde un punto de vista schmittiano ya que solo lo general puede querer en general.

Con respecto al líder, Rousseau propone que quien lidere debe buscar un salto de calidad y hacer de muchas personas un colectivo, es decir, un pueblo, por lo que, “quien se atreve con la empresa de instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana” (1998, 46). De esta forma, se plantea la idea de transformar a cada individuo en parte de un todo mayor, del que ese individuo recibe su vida y su ser. Entonces, se busca convencer al individuo de que se aliene y de que, por consiguiente, parte de su ser dependa de pertenecer al colectivo.

La constitución de una normalidad supone la creación de una legislación que, si busca la perfección, implica aniquilar la fuerza del individuo potenciando, de esta forma, la fuerza del colectivo para beneficio personal. Para tal cometido, Rousseau propone un legislador al que le corresponde cierta credibilidad extraordinaria como podría ser el caso de Moisés. Esto es así ya que, como señala Rousseau, “... no a todo hombre corresponde hacer hablar a los dioses, ni ser creído cuando se anuncia como su intérprete” (1998, 48) sino que esto es propio del legislador extraordinario.

San Andrés

Así como el soberano toma la decisión última que definirá el porvenir de la situación de normalidad, podríamos creer que el líder experimenta un doble momento de soledad. Por un lado, la soledad que supone tener que enfrentarse a un problema determinado sin poder blanquearla al grupo al cual lidera y, por el otro, la soledad que supone tener que aparecer como uno sabe que no es. En este último caso, la soledad se presenta cuando el líder está en público y debe, en palabras de Maquiavelo, “ser gran simulador y gran disimulador” (2006, 132) ya que “todos ven lo que pareces, pocos palpan lo que eres, y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de muchos” (2006, 133). En este sentido, aunque no esté completamente seguro del rumbo que está tomando, el líder debe saldar este agregado de incertidumbre y, por lo tanto, hacerse cargo de la inmadurez del colectivo.

Trazando un paralelo entre la soledad del “príncipe” o líder y la soledad de las personas en su cotidiano, podríamos decir que la soledad del príncipe inviste, por vibración empática, la soledad de cualquier otra persona. En este sentido, se evidencia una relación que conecta lo excepcional con la normalidad y que, por lo tanto, conecta el momento de decisión con el cual se enfrenta el líder con el momento de decisión con el cual se enfrenta un ciudadano en el cotidiano. En otras palabras, ello sucede cuando se ejerce el juicio ya que es en este momento en el cual se busca entender el espíritu de la ley, el cual es tributario de la manera en la que el soberano normalizó durante el momento de excepción. Entonces, decimos que, a partir de la decisión que tomó el soberano cuando decidió la manera no rutinaria de salir de la excepción, el ciudadano aprende cómo tomar sus “pequeñas” decisiones en el cotidiano. Por consiguiente, es esta la forma a partir de la cual el soberano nos traslada la soledad del momento decisor al cotidiano. Esta soledad como cualidad intrínseca del momento decisor que experimenta el líder será analizada tanto en el caso de Moisés como en el de Nelson Mandela y, a modo de enriquecer el análisis, se tendrán también en cuenta los conceptos de voluntad (y de virtud maquiavélica) así como de destino (y de fortuna según Maquiavelo).

La virtud se presenta en Maquiavelo como el impulso y la voluntad de alcanzar el poder. Ella aparece como árbitro de la mitad de las acciones, es decir, cuando la fortuna no es quien dicta el rumbo. La virtud, por tanto, consiste en una mezcla de prudencia, astucia y habilidad con el agregado de inteligencia, genio y capacidad artística.

La virtud o la fortuna resultan necesarias para emprender el camino que implica un traspaso de ser un miembro más del colectivo a ser líder de este. Si el líder se apoya en mayor medida en la virtud que en la fortuna puede esperar, entonces, conservar durante más tiempo el poder. Convertirse en príncipe a través de caminos virtuosos significa adquirir el principado no sin cierta dificultad pero, sin embargo, resulta más fácil mantenerlo una vez que ha sido obtenido. Este tipo de príncipe se ve forzado a instituir nuevas leyes y nuevos modos para fundar su estado y su seguridad. En este sentido, podríamos decir que realizan, a través de esta acción, el pasaje de la situación de excepción a la de normalidad.

Como mencionamos previamente, la fortuna muestra su poder en donde no hay virtud organizada para resistirle, es decir que, por lo general, se desempeña como “árbitro de la

mitad de nuestras acciones” (Maquiavelo 2006, 163). Por ello, el príncipe que se apoya íntegramente en la fortuna cae según ella cambia, por lo que los hombres deberían comportarse de modo variable para alcanzar el fin que cada uno se propone. La fortuna, entonces, refiere al destino con el que se enfrenta el líder. Este destino puede, por momentos, no favorecer su cometido por lo que quien lidera debe encontrarse dispuesto a ajustar su rumbo para, implementando su virtud, ser capaz de sobreponerse a los avatares de la fortuna. En palabras de Maquiavelo: “... si la fortuna cambia y los hombres permanecen obstinados en sus procedimientos, ellos prosperan mientras la una y los otros concuerdan, y no prosperan cuando entran discordancia” (2006, 166).

Si bien encontramos, de un lado, el concepto de virtud y, del otro, el de fortuna, es preciso también tener en cuenta la noción de *ocasión* como el “dato” que la fortuna ofrece a la virtud humana para que ésta muerda la realidad. En otras palabras, la ocasión se presenta como el momento que le proporciona a los líderes “la materia donde pudieron introducir la forma que mejor les parecía” ya que, sin esa ocasión, “la virtud de sus ánimos se habría extinguido, y sin esa virtud, la ocasión se habría presentado en vano” (Maquiavelo 2006, 82). Nos encontramos, entonces, con la necesidad de una materia que permita al hombre prudente y virtuoso introducir en ella la forma que asegura el bien a todos los ciudadanos.

En suma, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, se podría decir que los procesos centrales de la constitución de lo político son parcialmente deudores de los procesos de constitución de autoridad y de comunidad presentes en los textos bíblicos. A partir de ello, el presente trabajo de graduación se pregunta en qué medida los dilemas de un líder revolucionario contemporáneo secular son herederos de los dilemas con los que se enfrentó uno de los líderes bíblicos por referencia, es decir, Moisés.

Para ello, realizaremos un estudio de la Biblia, en particular de los textos mosaicos, a la luz de la teología política de modo tal que queden en evidencia los rasgos revolucionarios de este escrito y el modelo de líder que se plantea. Nos preguntamos, principalmente, por las diferencias y similitudes entre la estructura fenomenológica del Moisés bíblico y la correspondiente a Nelson Mandela, líder del movimiento de liberación durante el apartheid sudafricano.

CAPÍTULO DOS

El Éxodo del líder: crecer en autoconsciencia sin dejar de lado su humanidad

“Have I conceived all this people? have I begotten them, that thou shouldest say unto me, Carry them in thy bosom, as a nursing father beareth the sucking child, unto the land which thou swarest their fathers?”

Num. 11:12

Según Walzer (1986), la Biblia como objeto de estudio puede leerse teniendo en cuenta su influencia en el pensamiento occidental en tanto esboza una idea de liberación de la opresión. En este sentido, en las páginas que comprenden el Éxodo vemos un movimiento de redención, liberación y revolución: “The Exodus as we know it in the text is plausibly understood in political terms, as a liberation and a revolution” (Walzer 1986, 7). Entonces, el Éxodo cobra importancia para el pensamiento político occidental, en tanto los hombres pueden relacionarse políticamente con los sucesos que lo conforman. En primer lugar, tenemos la idea de que Dios quiere que el hombre pase por lo más bajo antes de llegar a la Tierra Prometida. Asimismo, encontramos en esta historia el componente de pueblo o de un colectivo y, por último, contamos con la figura de Moisés como un líder que es consciente de su humanidad y de sus limitaciones.

En línea con lo anterior, se podría decir que para el oyente o lector del Éxodo, no es Dios quien aparece como una ayuda para el proyecto político de Moisés, sino Moisés quien se muestra como un instrumento para los fines de Dios. Sin embargo, el relato también lo muestra como un hombre excepcional porque, además de ser compasivo, valiente, prudente y *hebreo*, fue capaz de sobreponerse a sus vacilaciones humanas, y de obedecer lealmente y sin condiciones. Por ello, desde la perspectiva de los demás actores del drama bíblico, esta condición virtuosa de Moisés lo coloca más cerca de la divinidad que de los hombres (Galimidi 2003). Justamente, al adentrarnos en el Éxodo, con la aparición de Moisés nos embarcamos en una etapa más explícita en cuanto a los esfuerzos de la humanidad por aplicar sus propias normas de buena conducta a Dios. Además, vemos a un Dios que considera si acatar estas normas o si, al menos, puede tratar a un humano, sino a todos, como su igual en términos morales (Burt 2012).

Partiendo de lo anterior, en esta sección abriremos la posibilidad a considerar que los mitos bien pensados son capaces de mostrar la estructura metafísica en su exceso de contenido, es decir, relatos como el Éxodo sientan un precedente en materia de liderazgo y dejan en evidencia las problemáticas con las que se enfrenta el líder político. Para ello, recorreremos algunos relatos del Pentateuco, es decir, los cinco libros de Moisés o Torá: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Dentro de ellos se relatan los comienzos del universo y del hombre; la historia de los patriarcas, la esclavitud y salida de Egipto del pueblo de Israel; la revelación y alianza al pie del Monte Sinaí; la travesía por el desierto; y el material normativo, religioso y jurídico, así como la llegada a Canaán. Para los fines de este estudio, nos centraremos en los episodios encontrados, principalmente, en Éxodo, aunque incluiremos también ciertos momentos de Levítico, Números y Deuteronomio en tanto aportan al entendimiento de Moisés como figura política y de su gestión normalizadora².

El nacimiento de Moisés constituye un hecho extraordinario en sí mismo en tanto irrumpe en la nueva normalidad instaurada por el faraón en el Egipto de ese entonces. Esto es así ya que el líder había proclamado que todo varón hebreo recién nacido debía ser eliminado pero, los padres de Moisés, decidieron no acatar la orden y lo ocultaron durante sus primeros meses de vida para luego encomendarlo a las aguas del Nilo. Curiosamente, Moisés es luego adoptado por la princesa, es decir, por la hija del soberano que en su momento había ordenado matar a todos los primogénitos hebreos.

Luego de este turbulento y paradójico comienzo en el mundo, Moisés se ve envuelto en dos situaciones que marcarán su destino y probarán su carácter. Por un lado, el futuro líder observa cómo un capataz maltrataba a su esclavo y, encolerizado por esta situación, lo termina matando. En este episodio vemos que, a pesar de que Moisés se encuentra arrebatado por sus emociones, es capaz de calcular fríamente su accionar en tanto toma las precauciones necesarias para que nadie lo descubra (Éxodo 2:11-12). Por el otro lado, al día siguiente Moisés presencia cómo un hebreo ataca a otro hebreo y decide confrontar al primero pero este le contesta haciendo oídos sordos a la pretensión

² Para los fines del trabajo de graduación, citaremos la Biblia según la versión *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Alianza Editorial, 1975.

de autoridad que exhibe Moisés y dejando en evidencia el acto cometido por Moisés solo horas atrás (Éxodo 2:14).



El primer encuentro entre Dios y Moisés, cuando Dios se le presenta al líder bíblico a través de una zarza ardiente, es un episodio digno de análisis. En este momento, Dios está eligiendo a un individuo para un acción específica en una arena política (Wildavsky 2005, 39). Por un lado, la decisión se presenta como novedosa ya que es la primera vez que Dios establecerá un *covenant* a través de Moisés que no será meramente personal como el que había establecido en su momento con Abraham. Por otro lado, si se considera propio de la figura omnipotente de Dios el exceso y el derrame en tanto es una característica intrínseca del alma grande trascender y crecer en su proyecto, resulta lógico que Dios pase de tener una interacción con hombres particulares a tenerla con una serie de hombres que, a su vez, interactúan con otros. Sin embargo, cabe señalar que, en este acto, el Dios omnipotente le da posibilidad al nuevo líder de ser él quien se convierta en el objeto de la fe del pueblo en vez de desempeñar un rol de mero vehículo que transmite la fe en Dios.

El encuentro entre Moisés y Yahvé puede ser considerado un primer momento de constitución política en tanto Moisés le dice a Dios que no tiene con qué ejercer la tarea que se le está encomendando, a lo que Dios responde con la entrada en escena de Aarón como vocero de Moisés. En ese punto inicia la cadena de delegación, siendo esta noción propia de la tarea de liderazgo: “[...] él [Aarón] será tu boca, y tú serás su dios” (Éxodo 4:16). El carácter delegativo de la función que comienza a desempeñar Moisés es propio de ejercer la soberanía ya que, de acuerdo a Schmitt (2009), en momentos de normalidad, gobernar implica la capacidad de poder ausentarse. Esta característica es también un elemento relacionado con la soledad del líder, en tanto este sabe que no podrá delegar todas las tareas relacionadas con el acto de gobernar, especialmente en momentos de excepción. Durante estos momentos, el líder debe presentarse como un ser que posee todas las respuestas y los guiará, indefectiblemente, por el camino correcto para ponerle fin a la excepción. Este último punto se refleja también en este episodio, ya que es Moisés quien, como primera reacción frente al destino que le encomienda su Dios, responde negándose, es decir, creyendo que no será lo suficientemente capaz para emprender esta tarea. Dicho de otro modo, en un primer momento, es decir, frente a la

zarza ardiente, Moisés vacila en asumir la omnipotencia y omnisapiencia de quien lo convoca (Galimidi 2003). Sin embargo, una vez que el líder ha experimentado el crecimiento suficiente, veremos que su carácter dubitativo da lugar a un accionar firme que lo posiciona como referente de su comunidad.

Este episodio conmemora no solo la primera vez que Dios se presenta frente a Moisés sino que es también el retorno de Dios frente a los hebreos luego de muchos años. Esto significa que gran parte de los israelíes a quienes Moisés debe liberar no conocen al Dios en el cual deben tener fe. Justamente por ello, Moisés no sabe si el pueblo le creerá que ha sido enviado por Yahvé por lo que, viendo que a Dios se le presenta un posible problema de legitimidad, pasa a mostrarle a Moisés su capacidad de realizar “milagros”.



Una vez que Moisés acepta su cometido, regresa a Egipto ya no como un prófugo de la justicia sino como un representante de una pretendida potencia extranjera. Allí se encuentra con los hebreos a quienes debe liberar. Sin embargo, estos no constituyen un pueblo, en tanto bajo un régimen de esclavitud, los sujetos se convierten en objetos y, como consecuencia, pierden su identidad. Como consecuencia, no eran capaces de concebirse como un todo luchando por una causa común. Egipto es para ellos *a time of bondage* durante el cual quien dicta el ritmo de sus días es el faraón. Pero entonces, ¿cómo podrá romperse este continuo? O bien la esclavitud se incorpora a la jerarquía en tanto los líderes buscan el apoyo de sus subordinados; o bien el liderazgo se convierte en dependiente de los seguidores, en la forma de anarquía (Wildavsky 2005, 33). Para los hebreos, esta segunda opción es la que prevalece ya que, sin saber en qué modo se desenvolverá su comunidad, buscan romper las cadenas.

Sin embargo, todo movimiento de liberación necesita, por un lado, de un pueblo como un conjunto de personas con un objetivo común, que lleven a cabo la labor revolucionaria y, por otro lado, de una cúpula de líderes que guíen a las masas. En el caso del Éxodo encontramos un dilema en ambos términos de la ecuación. En el primero, tenemos que los israelíes buscan obtener identidad a partir de su liberación pero, al mismo tiempo, este objetivo es también una precondition de ella (Wildavsky 2005, 33). En otras palabras, los hebreos buscan la liberación, la cual creen les proporcionará una

identidad común pero sin identidad no es posible concebir la acción de un conjunto que lleve a cabo la revolución.

Por lo tanto, y pasando al segundo término de nuestra ecuación, los esclavos necesitan de liderazgo. Sin embargo, el líder, en este caso Moisés, tiene la ardua tarea de liberar a un pueblo que todavía no se ha constituido como tal y, por lo tanto, se enfrenta también a un dilema: debe consagrarse como líder legítimo frente a un conjunto de personas que se han acostumbrado al sometimiento y al encadenamiento en una sociedad regida por alguien que ha establecido su liderazgo de manera consistente (si bien podemos poner en tela de juicio si el liderazgo del faraón es o no legítimo). El pueblo necesita de un líder en tanto se trata de un “kingdom of priests and a holy nation” (Walzer 1986, 103). En este sentido, Moisés es concebido como un idealista que guía a una nación mientras que el pueblo es incapaz de trascender el carácter materialista de su naturaleza.

La importancia del Éxodo como historia radica en el final, es decir, en la Tierra Prometida, pero el valor del fin aparece solo gracias al principio, gracias al tiempo que los hebreos pasaron en Egipto. En otras palabras, sin un momento de opresión no podría nunca emerger el pueblo constituido como tal. Por ello, si sin Egipto Israel no puede ser Israel, Canaán tampoco puede ser tal sin la estadía en Egipto. Entonces, la opresión y la corrupción cobran importancia en tanto le dan valor a la liberación. Justamente, es en Egipto que sucede la primera acción constitucional de Moisés legislador, es decir, la decisión de festejar el Pésaj, como un acto a partir del cual se pone en la memoria del pueblo judío la excepcionalidad, tanto del pueblo como tal como de la situación que sobrevivió. En este momento, se evidencia una acción de Moisés que representa la tarea del legislador extraordinario rousseauiano, en tanto se instaure una festividad para lograr que la memoria del conjunto se convierta en la del pueblo hebreo como una comunidad. Antes de este momento no existía un pueblo constituido como tal. Es precisamente debido a esto que la tarea de Moisés resulta particularmente desafiante: Moisés debe “hacer” una revolución sabiendo que, por un lado, el destino final es la Tierra Prometida y que, por el otro, es él quien debe liderar pero, sin embargo, queda en sus manos descubrir qué régimen le permitirá liderar (Wildavsky 2005).

A pesar de que la tarea realizada por Moisés fue encomendada por Dios, observamos, durante la negociación que entabla el líder con los egipcios, los primeros momentos de descreimiento y de recriminación por parte de los hebreos. Estos últimos culpan a

Moisés del endurecimiento de las condiciones de producción. En este episodio queda en evidencia la soledad del líder para con su pueblo, quien experimenta un momento de profunda soledad en tanto se siente recriminado por su pueblo y, al mismo tiempo, se dará cuenta de que no siempre podrá contar con Dios como entidad con quien compartir sus penas ya que Él también sufre momentos en los que parece “cansarse” y “renegar” de la humanidad. De ello, se puede concluir que ser líder es entender la soledad de Dios: por esta razón Dios necesita que Moisés se sienta solo en relación de liderazgo con Israel. Así, la autoridad está constituida por sucesivos “caer en la cuenta” de que esa posición de liderazgo y de poder implica necesariamente soledad, desagradecimiento y, al mismo tiempo, amor.

Entonces, tanto en el regreso a Egipto como en su salida de él y en la travesía por el Mar Rojo, queda en evidencia la cualidad solitaria propia del líder en una situación de excepcionalidad. Tenemos aquí a un Moisés que se presenta, por un lado, como un instrumento para los fines de Dios y, por el otro, como un hombre excepcional ya que fue capaz de sobreponerse a sus vacilaciones humanas. Es justamente esta condición virtuosa la que lo coloca más cerca de la divinidad que de los hombres (recordemos que, precisamente, ya ha sido mencionado que Moisés será como un dios para Aarón) y, por ello, tenemos que Moisés se encuentra bajo la voluntad de Dios pero los hombres están bajo la voluntad de Moisés. En este sentido, teniendo en cuenta sus poderes y directivas, Moisés termina siendo una suerte de Dios, tanto para Egipto como para Israel (Galimidi 2003). Así como en estos episodios observamos la soledad del líder en momentos de excepción, es posible trazar un paralelo con la teoría de Rousseau, en tanto el filósofo propone un legislador que se asemeje a un Dios.



Una vez eliminada la amenaza externa (los egipcios), Moisés está en condiciones de constituir la comunidad hacia el interior, es decir que el líder busca sacar al pueblo del estado de excepción para constituir una comunidad política con normas. En el recorrido emprendido por Moisés, la fuerza divina que lo asiste pasa ahora a ser el fundamento constructivo del ordenamiento interno. En este sentido, tenemos que la fuerza, volcada hacia adentro, debe ser moderada y selectiva, ya que debe aplicarse como disuasión, pena o represión de la sedición si es que busca poseer eficacia instituyente (Galimidi 2003). Justamente, observamos en este punto un paralelismo con las ideas de Weber, en

tanto es esta sensación de responsabilidad que posee el líder la que lo lleva a ejercer el monopolio de la violencia, rasgo distintivo del liderazgo como concepto.

Sin embargo, el hecho de haber eliminado la amenaza externa no significa que los hebreos acepten su destino de pueblo elegido sin quejas con respecto a la situación que deben experimentar. En este sentido, durante la travesía hacia Sinaí el pueblo de Israel se topa con la enemistad de la naturaleza, la amenaza del hambre y de la sed, lo que da lugar a nuevos lamentos y murmuraciones en contra de Moisés y de su hermano Aarón. En consiguiente, podemos decir que durante estos momentos vuelve a quedar en evidencia la soledad del líder. Asimismo, en la medida en que el pueblo judío ve la presencia de Moisés en la cotidianidad, su respeto hacia este personaje disminuye. Por ello, se incorporan principios de burocratización técnica en el sentido de que Moisés delega parte de sus funciones a otros individuos, por lo que, entonces, termina potenciando su capacidad de ausentarse en situaciones de cotidianidad:

El suegro de Moisés le dijo a este: “[...] Se tú el representante del pueblo ante Dios y lleva ante él los asuntos. Enséñales los preceptos y la ley y dales a conocer el camino que han de seguir y lo que deben hacer. Pero escoge de entre todo el pueblo a hombres capaces y temerosos de Dios, íntegros, enemigos de la avaricia, y [...] que juzguen ellos al pueblo todo tiempo y te lleven a ti los asuntos de mayor importancia [...]. (Éxodo 18)

Desde su primer encuentro con Yahvé y hasta este momento del relato, Moisés prácticamente no lleva a cabo ni un solo acto independiente en tanto actúa como representante del pueblo y como un simple canal de comunicación que une al quejoso pueblo con el Dios omnipotente (Wildavsky 2005, 35). No debemos olvidar nunca que Moisés es, al fin y al cabo, humano. En un principio, este personaje resulta particularmente pasivo y dependiente de la figura omnipotente del Dios creador. Si bien estos momentos de pasividad no parecen propios del líder, Moisés necesita de ellos para reflexionar por medio de la observación de sí mismo y de los otros. A través de la introspección, el líder crece en autoconsciencia y eleva su condición frente a la del pueblo. Por ello, podemos decir que es necesario un período de latencia previo al de

aprendizaje para que, acto seguido, Moisés pueda prepararse para la acción (Wildavsky 2005).

En línea con lo anterior, resalta en particular el episodio del *covenant*, es decir, el acto en el que el pueblo de Israel adquiere “oficialmente” su libertad. Vemos que durante este episodio también se someten a una autoridad que está por encima de ellos, por lo que, señala Walzer, “there is a kind of freedom in bondage [...] and there is a kind of bondage in freedom” (1986, 53). En este sentido, los hebreos pasan a formar parte de una suerte de sociedad política en tanto Moisés los libera al mismo tiempo que se encuentran condicionados por nuevas leyes por lo que podría decirse que pasan a experimentar lo que se conoce como libertad positiva. Esta instancia es la única vez en la Biblia hebrea que Dios habla con su voz a la multitud. Sin embargo, la multitud no lo quiere escuchar. En cambio, le dicen a Moisés que Dios no les hable más, porque temen morir y le piden que sea él quien medie con Dios. La figura mediadora de Moisés aparece como conceptualmente indispensable, más aún considerando que la voluntad vertical es constituyente y jerárquicamente anterior a la normalidad, la cual es horizontal y constituida (Galimidi 2003). De acuerdo a lo anterior, podríamos decir que el *covenant* se presenta como un ejercicio rousseauniano, en tanto hay una comunidad que emerge, salvando el hecho de que no se cumple al pie de la letra un contrato social como el propuesto por Rousseau.

Entonces, podríamos decir que la autoridad humana es solo autoridad en tanto se siente carente y siente que posee una autoridad trascendente por encima de ella. Se podría hablar de una doble representación, tanto ascendente como descendente, por parte de la autoridad en tanto nos representa y nos da acceso a un componente trascendental. En esta dinámica queda en evidencia la mediación y la naturaleza tripartita de la representación política, según la cual el pueblo judío se reconoce súbdito de Moisés: para vivir una vida normal deben ser súbditos de un gobernante, no de la verdad misma. En este sentido, es necesario que alguien juzgue: nosotros (el pueblo) no obedecemos a la ley, sino a quien entiende la ley y la aplica. Asimismo, podemos decir que, en cierto modo, el pueblo le está señalando a Moisés que es muy difícil vivir una vida normal cuando la autoridad suprema mira todo el tiempo, por lo que la figura del mediador se vuelve indispensable.



Durante el tiempo que el pueblo judío permanece a los pies del Monte Sinaí, Moisés se presenta como la autoridad y el líder legítimo. En estos momentos parece ser quien tiene la autoridad para actuar sobre la excepción, inclusive con la libertad necesaria como para ser quien le hable al pueblo de Israel de manera relativamente autónoma Dios.

Justamente, el episodio del becerro de oro (Éxodo, a partir de 32) es uno de los más importantes en cuanto hace a la constitución del pueblo hebreo como comunidad política y en cuanto crecimiento de Moisés como soberano. En primer lugar, Moisés contradice a Dios en lo que respecta a la pena adecuada para el pueblo que ha traicionado a su deidad. Como propio del líder, sabe que es quien puede “enojarse” con el pueblo pero, frente a otros, debe protegerlo. Por lo que, cuando se enfrenta a Dios, lo hace sabiendo que el castigo propuesto por Dios es desmesurado pero, al mismo tiempo, él es en parte responsable por el comportamiento de los hebreos. En este movimiento, precisamente, Moisés une su destino al de su pueblo ya que pide a Yahvé que, en caso de no perdonar a Israel, lo borre a él también del Libro que se ha escrito. Vemos aquí que, si bien la Biblia es concebida como un texto orientado al gobierno del sabio, también se reconoce que Dios no será siempre sabio si no que, por momentos, necesita un recordatorio de que la humanidad es importante. En otras palabras, en la Biblia existen símbolos o personajes que le recuerdan a Dios que, a pesar de su omnipotencia, hay promesas que debe cumplir.

En segundo lugar, Moisés, al bajar de la montaña, termina aplicando un castigo violento. Sin embargo, la violencia que ejerce es más localizada y racional que la aplicada por Dios en otros episodios bíblicos (léase, el episodio del diluvio, entre otros). Esta violencia se orienta hacia el interior, es decir, para con los hebreos y con una finalidad política. En este sentido, posee un propósito constituyente que le permite a Moisés contar con la formación de una elite fiel a su mandato.

Este episodio muestra, asimismo, cuán propensa se encuentra la gente a volver a un estado anterior si no cuenta con la guía de su líder. La respuesta violenta de Moisés frente al accionar del pueblo hebreo parecería una traducción de su propio mandamiento “no matarás”, sin embargo, encontramos que, en una situación de excepción schmittiana, se justifica el accionar del líder para poder llegar a la normalidad ya que es la voluntad soberana la que detenta el monopolio hermenéutico.

En suma, de acuerdo a lo anterior vemos a Moisés en soledad en tanto sabe lo que Dios quiere pero, al mismo tiempo, conoce la inmadurez propia del pueblo que le toca dirigir. Por ello, debe “calmar” a ambos sin perder, por un lado, el crecimiento que Israel experimentó como comunidad y, por el otro lado, la autonomía que adquirió con respecto a Dios (recordemos que Moisés se siente ahora lo suficientemente seguro como para contradecirlo). Más aún, podemos trazar un paralelo con la teoría que plantea Rousseau ya que es este autor quien se pregunta:

¿Cómo una multitud ciega, que con frecuencia no sabe lo que quiere porque raramente sabe lo que es bueno para ella, ejecutaría por sí misma una empresa tan grande, tan difícil como un sistema de legislación? (1998, 44).

En esta cita, Rousseau se pregunta por el salto de calidad, es decir, por la tarea que Moisés como líder y como legislador extraordinario debe ocasionar para que el pueblo de Israel sea capaz de consolidarse como comunidad y de vivir el destino con el que se lo ha marcado.

La etapa política de Moisés como legislador y fundador concluye cuando, hacia el final del Levítico, ya ha escrito, siguiendo lo dispuesto por Dios, una versión completa de su ley, y se dispone a continuar la travesía hacia Canaán. Según Galimidi (2003), lo significativo del pasaje radica en el hecho de que la pena que se establece es, en primera instancia, la desolación, luego, el exilio y, por último, un retorno a la esclavitud de Egipto. Esto último representa un sufrimiento mayor que la servidumbre original ya que ahora se sufriría habiendo experimentado la libertad. Asimismo, el pasaje resulta importante en tanto se introduce, a través de la vía negativa de los castigos cada vez peores, la instancia de arrepentimiento como forma de reconciliarse con Dios.

En esta etapa legislativa de Moisés observamos un acercamiento a la situación de normalidad en la medida en que se instituye la ley que regirá la convivencia del pueblo hebreo. Durante la etapa de gobierno teocrático, vemos que la constitución que lega Moisés al pueblo de Israel fundamenta la normalidad institucional. De este modo, una vez cumplido su cometido, el hombre excepcional, Moisés, debe dar lugar a que los hebreos, hombres comunes con una experiencia extraordinaria, comiencen una etapa de

vida libre, justa y normal (Galimidi 2003).



Finalmente, en Deuteronomio Moisés le recita al pueblo los horrores con los que se verán si desobedecen a Dios. Durante esta etapa podríamos vislumbrar un distanciamiento entre Dios y Moisés ya que no hay evidencia de una conversación entre estas dos figuras si no que existe, más bien, una distancia interpersonal entre ellos (Burt 2012). Esto lleva a que pensar que existe, en cierto sentido, una suerte de soledad discursiva en tanto Moisés no actúa más como un mero intermediario entre Dios y el pueblo de Israel si no que es él quien, como líder, decide lo que le dirá a la comunidad hebrea. Asimismo, vemos aquí el rol de Moisés como soberano excepcional ya que es él quien decide sobre el momento de excepción y articula lo que será su discurso con cierta independencia de lo que dispone Dios.

A modo de reflexión final, durante esta sección hemos analizado una serie de episodios que dejan en evidencia la cualidad del soberano en el momento de excepción y, más específicamente, la soledad que experimenta al asumir las responsabilidades que le supone su posición de liderazgo. Asimismo, es también posible vislumbrar que una figura cuyo fin es formar comunidad asume en cierto punto las características de un personaje como el legislador extraordinario rousseauiano. Lo anterior puede quedar ejemplificado, como se mostró previamente, en la figura del líder bíblico por excelencia, es decir, en la persona de Moisés, quien se constituye como líder y soberano a través de un progresivo crecimiento en autoconsciencia. En línea con ello, vemos que Moisés logra convertirse en “príncipe” gracias a su propia virtud. Cabe aclarar que, si bien autores como Maquiavelo mencionan a nuestro líder bíblico como un “mero ejecutor de las cosas que le habían sido encomendadas por Dios” (2006, 82), también es cierto que Moisés muestra virtud, no solo por el hecho de haber sido digno de hablar con Dios, si no por el hecho de discutir con Él y atreverse a contradecirlo en más de una ocasión. Asimismo, la virtud de Moisés se hace presente cuando decide en nombre del pueblo del Israel sin haber sido, expresamente, ordenado por Dios a hacerlo. Si bien es cierto que el crecimiento de Moisés como líder estuvo acompañado por su virtud, también vemos que esta necesitó de la “ocasión” para que el líder bíblico pudiera llevar

a cabo su cometido. En otras palabras, fue Moisés quien debía encontrar al pueblo de Israel, en Egipto, esclavizado y oprimido por los egipcios, a fin de que éste se dispusiera a seguirlo, para salir de la esclavitud (Maquiavelo 2006, 82).

Durante el relato contenido en el Pentateuco nos encontramos con un estado de excepción en términos schmittianos, en tanto este se presenta como la forma legal de lo no puede tener forma legal. Esto se desprende del hecho de que las medidas excepcionales que caracterizan el estado de excepción se originan en periodos de crisis política y, como tales, deben ser comprendidas en el terreno de la política y no en el terreno jurídico y constitucional. De esta forma, la teoría del estado de excepción puede presentarse como una doctrina de la soberanía en tanto el soberano, monopolizador de la hermenéutica y de la decisión en el estado de excepción, garantiza su anclaje en el orden jurídico. En este sentido, el soberano se encuentra definido de igual manera que la estructura topológica del estado de excepción. Dicho de otro modo, lo característico de ambas nociones se concentra en el oxímoron éxtasis-pertenencia ya que ser soberano y actuar sobre el estado de excepción implica estar en el exterior y, sin embargo, pertenecer (Agamben 2003). Esto último cobra particular relevancia en tanto la figura de Moisés se presenta como la de un líder que ha sido criado en el seno de una familia egipcia pero es, sin embargo, hebreo por nacimiento. De esta forma se deja en evidencia que el líder se encuentra, por un lado, por dentro del colectivo, ya que encuentra un sentido de pertenencia en el pueblo que busca liberar pero, por otro lado, se encuentra por fuera de este, en tanto parte de su ya constituida identidad no se corresponde con la que poseerá el conjunto luego de la liberación. Asimismo, su doble condición se confirma con el paso del tiempo en tanto Moisés termina siendo, por un lado, a los ojos de Dios, una suerte de instrumento que le permitirá realizar su plan pero, por el otro lado, a los ojos del pueblo de Israel, una suerte de Dios.

Por último, vemos en Moisés a un hombre que se propone consolidar al pueblo de Israel, por lo que en un momento dado, termina sacrificando lo individual por el colectivo. En este sentido, es claro el paralelo de Moisés con la teoría rousseauiana en tanto este último autor propone que “quien se atreve con la empresa de instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana” en la búsqueda por el tan ansiado salto de calidad (1998, 46). Como sucede en el caso de Moisés y el pueblo hebreo, se plantea la idea de transformar a cada individuo en parte

de un todo mayor, del que ese individuo recibe su vida y su ser. Entonces, se busca convencer al individuo de que se aliene y de que, por consiguiente, parte de su ser dependa de pertenecer al colectivo.



Universidad de
San Andrés

CAPÍTULO TRES

El largo camino: Nelson Mandela y su evolución como líder

“One issue that deeply worried me in prison was the false image that I unwittingly projected to the outside world; of being regarded as a saint. I never was one, even on the basis of an earthly definition of a saint as a sinner who keeps on trying”

Nelson Mandela, *Conversations with Myself*

“There are times when a leader must move ahead of the flock, go off in a new direction, feeling sure that he is leading his people down the right road”

Nelson Mandela, *Long Walk to Freedom*

Partiendo del caso analizado en el capítulo anterior, en esta sección analizaremos el caso de un líder contemporáneo quien, podría decirse, se encontró en una posición semejante a la del personaje bíblico Moisés. Más precisamente, estudiaremos la figura de Nelson Mandela y su liderazgo durante el apartheid sudafricano para intentar cumplir con un doble objetivo. Por un lado, nos preguntamos acerca del grado de facticidad de los estudios teóricos sobre el liderazgo. Dicho de otro modo, analizaremos el caso de Mandela para ver si los conceptos referentes al liderazgo político se aplican al caso particular. Por otro lado, intentaremos determinar si este objeto de estudio posee algún punto de comparación con el ya analizado relato bíblico.

Antes de comenzar con nuestro análisis dedicaremos unas líneas a recordar, brevemente, la historia de Sudáfrica unos años antes del apartheid así como durante los años en que reinó esta ideología. De esta forma, podremos comprender en mayor profundidad cómo fue que quienes estaban por detrás de este movimiento llegaron al poder. Asimismo, entenderemos de qué manera se insertan en esta historia Nelson Mandela y la lucha por la liberación de los negros que encabezó, principalmente a través del partido Congreso Nacional Africano (de aquí en más ANC, por sus siglas en inglés).

Desde sus comienzos, Sudáfrica fue una tierra en la cual la tensión entre los diferentes grupos de población resultó evidente. En un principio, la Guerra de Sudáfrica (1899-1902) marcó la historia de los Boers, quienes fueron colonizadores de descendencia holandesa o alemana y los antecesores de los Afrikáners. Este pueblo perdió a manos de Gran Bretaña pero, sin embargo, ambos lados decidieron un acuerdo de paz a través del

cual siempre se aseguraría primero la supremacía de los blancos, dejando de lado los derechos políticos de los africanos.

Años más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, el descontento africano y las protestas fueron en aumento. Ello hizo que, a su vez, los votantes blancos demandaran leyes más duras. El Partido Nacional (de aquí en más NP, por sus siglas en inglés) propuso un plan de considerado como la única vía “segura” para la población blanca. Según esta visión, los africanos tendrían su verdadero hogar nacional en las “reservas” (áreas marginales que habían quedado en manos de los africanos luego de la conquista). En cuanto el plan triunfó y el NP accedió al poder, los nuevos gobernantes decidieron implementar acciones legislativas para hacer de los africanos un tipo de persona diferente en la práctica, tal como lo habían concebido teóricamente. En otras palabras, los nuevos gobernantes decidieron implementar el llamado apartheid (Clark y Worger 2011).

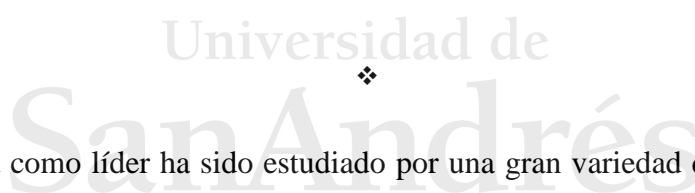
Como respuesta a las duras medidas adoptadas por el gobierno, la Liga Joven del ANC propuso un Programa de Acción enmarcado en la Campaña de Desafío, según la cual se llevarían a cabo huelgas, resistencia pasiva y otras formas de acción en masa para protestar contra el gobierno. Este fue un punto de quiebre para muchos miembros de la sociedad africana en tanto decidieron unirse a un movimiento y luchar por una causa que comenzaban a reconocer como propia. El mismo Nelson Mandela expresó: “The Defiance Campaign left me feeling proud and satisfied. I could now walk upright with the dignity that comes from not giving in to oppression and fear, I had come of age as a freedom fighter” (Mandela 1998, 30).

Llegado 1960, el gobierno sudafricano aumentó sus controles sobre la población y, como consecuencia, el ANC, junto con otros partidos, fue prohibido y declarado ilegal. Previendo dicha medida, estas organizaciones establecieron ramas clandestinas para continuar con la lucha contra el gobierno como, por ejemplo, el ala militante del ANC, Umkhonto we Sizwe (traducido al inglés como *Spear of the Nation*). Nelson Mandela participó activamente del desarrollo del ANC y, especialmente, del progreso que experimentó Umkhonto we Sizwe. A través de los años, el líder en formación combinó su trabajo como abogado con la lucha por la libertad hasta que, finalmente, fue arrestado en 1962 y sentenciado a cinco años de encarcelamiento por incitar disturbios. Mientras se encontraba en prisión, otros de sus compañeros fueron capturados y, tanto

estos nuevos prisioneros como Mandela, fueron sentenciados a prisión perpetua luego del Juicio de Rivonia, el cual se extendió desde 1963 hasta 1964.

Años más tarde, en 1986, Nelson Mandela consideró que era necesario pensar en una suerte de acercamiento al gobierno de modo tal que la cúpula gobernante supiese lo que el movimiento proponía. Es en este punto que comienzan las negociaciones entre Mandela y el gobierno del ahora presidente F.W. de Klerk. Sin embargo, recién en 1990 se logra que organizaciones como el ANC dejen de ser ilegales y que el NP renuncie al apartheid como política. Cuatro años más tarde, se llevan a cabo las primeras elecciones no- raciales de Sudáfrica, en las cuales triunfa el ahora consagrado líder Nelson Mandela y asume como Presidente representando al ANC.

Luego de este breve recorrido por algunos de los puntos que marcaron la historia de Sudáfrica e involucraron a Nelson Mandela como líder, solo resta decir que, partiendo del caso de Moisés como líder, este trabajo de graduación se propone comparar ambas estructuras fenomenológicas. Para ello, el análisis de la historia de Nelson Mandela tendrá lugar siguiendo una serie de ejes temáticos, los cuales serán relacionados con los principales conceptos acerca de la teoría del liderazgo y con ciertos episodios del Éxodo.



Nelson Mandela como líder ha sido estudiado por una gran variedad de autores. Ahora bien, este personaje siempre ha sido considerado una persona reservada, aunque en libros como *Conversations with Myself* somos capaces de vislumbrar al Nelson Mandela detrás de la figura pública en tanto accedemos a su archivo privado. En estas páginas nos encontramos con una persona de carne y hueso que expone sus dudas e inquietudes al mismo tiempo que expresa sus sentimientos dejando de lado, por momentos, los deberes a los que se ve atado como líder de un movimiento de liberación. Por ello, decimos que a través de, principalmente, cuatro fuentes, nos encontramos con Nelson Mandela en su faceta más original y “primitiva”. Estas fuentes se componen de, en primer lugar, las cartas que enviaba en prisión; en segundo lugar, dos colecciones de conversaciones grabadas (una con Richard Stengel mientras trabajan en *Long Walk to Freedom*; otra con Ahmed Kathrada, su compañero de prisión, mientras revisaban tanto su autobiografía como su biografía autorizada); en tercer lugar, sus agendas o diarios

personales; y, por último, un manuscrito de una secuela sin terminar de *Long Walk to Freedom*.

Justamente por lo expuesto anteriormente, haremos uso de este libro como fuente primaria para el análisis de Nelson Mandela como líder. Asimismo, tendremos en cuenta su autobiografía, en tanto nos muestra cómo Mandela relata su propia historia. Aun así, cabe aclarar que esta obra es, fundamentalmente, un libro llevado a cabo por un colectivo. Decimos esto ya que el manuscrito original fue escrito en Robben Island por Nelson Mandela con la consulta de un puñado de sus compañeros. Asimismo, en 1990 Mandela trabajó en conjunto con Richard Stengel para actualizar y expandir el manuscrito, al mismo tiempo que otros de sus camaradas ayudaban en la labor. Entonces, *Long Walk to Freedom* resulta un libro que da a conocer al Mandela como líder, aunque es también cierto que fue pensado y editado conscientemente.

Del estudio de ambas obras surgieron una serie de ejes temáticos que nos permiten estructurar el análisis y que se relacionan con los conceptos propuestos por los teóricos políticos que ya hemos presentado en secciones anteriores. En este sentido, al leer *Conversations with Myself* y *Long Walk to Freedom* encontramos información referente a la opinión de Mandela sobre el movimiento de liberación y sobre cómo debería llevarse a cabo la lucha. En segundo lugar, nos topamos con pasajes que nos remiten al crecimiento de Mandela en tanto líder y sus opiniones con respecto al liderazgo. En línea con ello, en estos escritos queda en evidencia el carácter dual del líder ya que su identidad se encuentra compuesta por resabios de su vida en la tribu y por características adquiridas en el mundo Occidental. Por último, nos adentramos en la figura privada del líder y vemos cómo la soledad se manifiesta en tanto surge la pregunta: ¿vale la pena dedicar su vida al movimiento de liberación si ello supone dejar al margen la posibilidad de desarrollarse plenamente como hombre de familia?



Teniendo en cuenta lo expuesto en secciones anteriores, se podría decir que un movimiento de liberación necesita, por un lado, de un pueblo y, por otro lado, de una cúpula de líderes que guíen a las masas. Sin embargo, en el presente caso, así como en el del pueblo hebreo, encontramos un dilema en tanto el pueblo que llevará a cabo la revolución se encuentra esclavizado. Si bien en el caso de Sudáfrica la esclavitud no es

literal, las condiciones en las cuales vivían los africanos suponen que se encontraban encadenados a un régimen opresor. Ahora bien, de lo anterior se desprende que, para poder salir de este continuo, es preciso que los líderes busquen el apoyo de sus subordinados (por lo que la esclavitud se incorporaría a la jerarquía) o bien es necesario que el liderazgo se convierta en dependiente de los seguidores. Como ya hemos visto, esta segunda opción es la que adoptan los hebreos y, como nos daremos cuenta en lo que resta del análisis, es también la elegida por los africanos.

Justamente, Nelson Mandela fue un líder que participó activamente del movimiento de liberación y que, desde su juventud, propuso variados planes de acción para avanzar con la lucha revolucionaria. Dentro de ellos, vemos que el líder supo adecuar sus propuestas al contexto, desenvolviéndose con sumo pragmatismo a la hora de definir el curso de sus acciones. En este sentido, en un primer momento, mientras fue miembro de la Liga Joven del ANC participó en la Campaña de Desafío llevando a cabo medios de protesta no violentos. Sin embargo, a medida que la situación con el gobierno empeoró, fue lo suficientemente sensato como para proponer un desapego de la no violencia como medio de lucha a pesar de que el líder de la organización no estuviese de acuerdo:

The chief [Albert Luthuli] was a passionate disciple of Mahatma Gandhi and he believed in non-violence [...] Many of us did not ... because when you regard it as a principle you mean throughout, whatever the position is, you'll stick to non-violence ... We took up the attitude that we would stick to non-violence only insofar the conditions permitted that. (...) Our approach was to empower the organization to be effective in its leadership. And if the adoption of non-violence gave it that effectiveness, that efficiency, we would pursue non-violence. But if the condition shows that non-violence was not effective, we would use other means (Mandela 2011, 52-53).

Al mismo tiempo, Mandela sabía que no solo era importante tomar las armas porque la situación con el gobierno estaba empeorando, sino que también supo entrever que el pueblo reclamaba otro tipo de acción y que, si el ANC no se posicionaba a la cabeza, las masas iban a continuar con su comportamiento pero la revolución no iba a llegar a buen puerto:

... it is time for us to consider a revolution, an armed struggle, because people are already forming military units in order to start acts of violence. And if we don't do so, they are going to continue. (...). The only organisation that can do so is the African National Congress which commands the masses of the people (Mandela 2011, 76).

El pragmatismo de Nelson Mandela con respecto al modo en que la lucha se llevaría a cabo se evidencia no solo en su apego a la no violencia como táctica (aunque no como principio), sino también en el hecho de que consideraba a las masas como una de las inversiones más importantes de cualquier país, independientemente de cuán educadas fuesen. En este sentido, creía que toda actividad debía ser difundida en profundidad entre las masas y que todos tenían un lugar, en cierto modo, dentro del movimiento:

We must seek the support of the entire population with a perfect balance of social classes. The base of your support will be amongst the common people, poor and illiterate but the intellectuals must be brought in (Mandela 2011, 102).

For example, a woman who is not politically developed may do a great deal for the revolution simply because her boyfriend, husband or son is in the army. Also villages may show individual initiative which must be encouraged (Mandela 2011, 99).

Así como Nelson Mandela fue un líder sumamente pragmático, también le dio importancia al sentido de comunidad que podía generarse en las masas y, más específicamente, a la sensación de unidad nacional. En este sentido, el líder intentó forjar un sentimiento de orgullo nacional y una serie de ideales por los cuales luchar ya que consideraba estos elementos como buenas herramientas para avanzar en la lucha por la liberación (Mandela 2011, 175). Por ello, resalta la importancia de que cada sudafricano comprendiese el mensaje del movimiento para que, de esta forma, conociesen la causa por la cual luchaban. Asimismo, siendo él consciente de la influencia que su historia tenía para el movimiento, fue sumamente cuidadoso a la hora de redactar su autobiografía para evitar incluir o dejar de lado ciertos episodios por la mera razón de que perjudicarían la lucha (Mandela 2011, 209-210). En suma, notamos la importancia que Mandela le asigna a poder lograr el salto de calidad necesario para

crear, a partir de una suma de personalidades, un colectivo. Esto último resuena con las ideas del teórico francés Rousseau quien, como hemos visto, resalta el accionar del legislador extraordinario a la hora de lograr la alienación de los individuos para que pasen a formar parte de un todo mayor (Rousseau 1998).

La importancia que Mandela le confiere al colectivo no se refiere únicamente a lograr unidad entre las masas sino también a resaltar el papel que otros líderes del movimiento juegan en la lucha por la liberación. En este sentido, aun en los momentos más difíciles, Mandela destaca la importancia de contar con sus compañeros en tanto se apoyaban mutuamente y contaban con la tranquilidad que provenía de saber que una decisión había sido tomada de manera colectiva. Por ello, cuando Mandela habla acerca de los días previos a la sentencia del Juicio de Rivonia, en los que pasó horas encerrado en su celda contemplando el posible escenario de que su sentencia fuera la pena de muerte, hace referencia al grupo como un conjunto:

...when you are alone in your cell you also thought in terms of yourself and the fact that you are likely not to live and that is ... only human. But, collectively, we took this decision and it also made us happy, you know, that this was the last service we can give to our people and your organisation (Mandela 2011, 122).

En suma, así como todo movimiento de liberación necesita de un pueblo que participe activamente de la revolución, notamos también la importancia de un líder que planee meticulosamente cómo accionar y que esté dispuesto, justamente, a reforzar la idea de colectivo, en tanto el pueblo que busca salir de la opresión precisa de un guía que le permita afianzar su sentido de comunidad.



Como ya hemos visto, existen varios escritos teóricos que tratan el liderazgo, sin embargo, es también interesante tener en cuenta la visión de un líder sobre este concepto por lo que, en lo que sigue, expondremos las consideraciones de Nelson Mandela acerca de los principios fundamentales que deben motivar a todo líder. En primer lugar, es preciso que el líder sepa identificar quiénes son los buenos hombres y mujeres de cada comunidad para que pueda luego asignarles tareas que sirvan a la

comunidad. En segundo lugar, un líder debe ser quien alivie las tensiones y promueva un pensamiento racional. Asimismo, un buen líder utiliza cualquier hecho como una oportunidad para que la comunidad resulte fortalecida. Por último, el líder debe considerar que hay disputas de las cuales solo puede salirse a través del compromiso ya que, si no, no se llegará a la paz y a la tan deseada estabilidad (Mandela 2011, 402-403). Partiendo de estas premisas, observamos que para Mandela es preciso que el líder esté conectado con la comunidad y que resuelva las disputas necesarias. Esto último tiene su paralelismo con la tarea que llevó a cabo Moisés durante la travesía por el desierto y la llegada al Monte Sinaí, en tanto ambos líderes son quienes escuchan al pueblo y proceden de manera tal que la armonía quede asegurada.

Asimismo, nuestro líder sudafricano no deja de considerar como importante el hecho de que es el líder quien tiene como primera tarea crear una visión, es decir, un plan de acción. Como segunda disposición, debe crear un conjunto de seguidores que lo ayuden a implementar su visión. En este sentido, opina que: “The people being led know where they are going because the leader has communicated the vision and the followers have bought into the goal he had set as well as the process of getting there” (Mandela 2011, 345).

Partiendo de lo anterior vemos que Mandela privilegia una definición de liderazgo que incluya la conexión con la comunidad pero que al mismo tiempo resalte la importancia de los ideales que propone el líder. Asimismo, y casi como si estuviese tomando prestado de los escritos de Maquiavelo, Mandela expresa en sus conversaciones con Richard Stengel que un líder debe lograr que el pueblo crea en él y que, además, crea por sobre todas las cosas que la decisión de quien está al mando es la mejor decisión que se podía tomar: “Success in politics demands that you must take your people into confidence about your views” (Mandela 2011, 24). En línea con lo anterior, Mandela le confiesa a su esposa que en sus discursos no siempre ha expresado los principios e ideas que sostiene de manera clara y reflexiva si no que muchas veces ha sucumbido a la necesidad de impresionar a las masas y de promocionar su causa (Mandela 2011, 45).

El caso de Mandela nos permite ir un paso más allá en tanto evidencia otra de la cualidades del liderazgo, esto es, que en ciertas ocasiones el líder debe actuar de manera independiente de sus seguidores y tomar decisiones sin ni siquiera consultar a otros con un rango similar al propio para asegurarse que se podrá terminar con la situación de

excepción y que la normalidad será instaurada. De este modo, vemos que Mandela no comparte con sus colegas su decisión de comenzar las negociaciones con el gobierno ya que, en sus palabras:

If I had told my friends that I was going to use it for the purpose of starting negotiations, we would not have been negotiating now. They would have rejected it. So what I decided to do was to start negotiations without telling them, and then confront them with a *fait accompli* (Mandela 2011, 246).

Se podría decir que este momento fue clave en la historia de Sudáfrica y que, para Mandela, fue muy importante haber tenido la experiencia necesaria para llevar a cabo una negociación. El líder sudafricano aprendió mucho de sus diferentes experiencias de vida, en especial durante su tiempo en prisión (Mandela 2011, 144-147). Trazando un paralelismo con Moisés, vemos que el personaje bíblico debió llevar a cabo una negociación con el faraón para poder asegurarse la liberación de Israel y su salida de Egipto. Ahora bien, el acto de negociar fue posible en ambos casos ya que quienes entraron en este proceso eran libres (o al menos existía en el imaginario de la contraparte la posibilidad de considerarlos como libres). Esto es así ya que, como expresa Mandela, “only free men can negotiate. Prisoners cannot enter into contracts” (Mandela 1998, 119). En este sentido, vemos que solo quienes son libres pueden negociar una suerte de contrato en tanto precisan de libertad para poder, conscientemente, renunciar a ella a la hora de confiarle a la otra parte la responsabilidad de protegerlos. Entonces, si bien tanto el pueblo hebreo como el pueblo africano desean ser libres, también saben que deberán resignar a una parte de esta nueva adquirida libertad a la hora de negociar un contrato que les permita formar parte de una sociedad política.

En línea con lo anterior, encontramos que autores como Wildavsky (2005) se preguntan por el aprendizaje del líder al momento de la negociación con una contraparte cuyo liderazgo está consolidado. Dicho autor abre el interrogatorio en relación con Moisés y su negociación con el faraón a la hora de liberar a los hebreos de la esclavitud en Egipto pero bien podríamos preguntarnos lo mismo al analizar el caso de Nelson Mandela y su negociación con el gobierno del apartheid. En este sentido, encontramos que ambos personajes podrían aprender a convertir la aparente fortaleza de su oponente en debilidad en tanto, por ejemplo, Moisés y Mandela no deben preocuparse aún por las

mismas cuestiones que un líder ya consolidado en el poder. En línea con ello, tenemos de un lado el caso del faraón (y bien podría ser el caso del gobierno sudafricano), quien cree que no debe considerar las preferencias de sus seguidores al decidir si ceder o si resistir ya que, en cierto sentido, tiene asegurado el apoyo de la población o, al menos, la posibilidad de hacer cumplir lo que ordena. Del otro lado, nos encontramos con la posición de Moisés (y, por qué no, con la de Mandela), quien debe persuadir a su gente por lo que debe concebir cómo sus acciones afectarán a su futuro pueblo. Si bien sabemos que en el caso de Nelson Mandela, el líder poseía un conjunto de seguidores más bien consolidado, es también cierto que en el momento de transición ello no estaba asegurado, en tanto cualquier movimiento que se desviara demasiado de la preferencia de las masas pondría a Mandela en una posición incómoda a la hora de negociar sabiendo que no poseía una porción importante del apoyo de sus seguidores. Por ello, es que el líder decide entablar las negociaciones con el gobierno sin comentarlo con su entorno: “My comrades [...] were suspicious of individual initiative. (...) Nevertheless I approached the government without even telling my fellow prisoners” (Mandela 2011, 247).

Asimismo, encontramos que es propia de cualquier negociación la evasión, ofuscación y escalación; proceso que se registra en el caso de la negociación entre Moisés y el faraón. En este caso, a medida que las plagas comienzan a tener su efecto, el faraón cambia su estrategia de amenazas a evasión en tanto ofrece dejar ir a los judíos pero no termina de asegurar lo prometido ya que deja algunas condiciones sin especificar (Wildavsky 2005). Una similar cadena causal puede observarse en el caso de las negociaciones de Mandela con F.W. de Klerk: el gobernador de Sudáfrica le comenta a Mandela su intención de ponerle un fin al apartheid pero, sin embargo, deja muchas cosas sin mencionar y, en determinados momentos, acciona de forma que parecería contradecirse con lo prometido. El propio Mandela duda de las intenciones de F. W. de Klerk y, en un momento dado, le comenta sus inquietudes a través de una carta: “(...) These contradictions are unfortunate and tend to strengthen then the perception that you and I are not negotiating in good faith” (Mandela 2011, 334).

Si bien es cierto que el líder se encuentra capacitado para negociar, este también sabe que la decisión que adopta no será siempre la correcta por no poseer el tiempo necesario para reflexionar acerca de cada paso que se toma. En este sentido, Nelson Mandela

admite que los errores son inherentes a la acción política en tanto quienes se encuentran en el centro de la lucha política cuentan con poco tiempo para la reflexión y no tienen a su alcance precedentes que los guíen (2011, 35). Aun así, sabe que también es responsable por el bienestar de sus seguidores, quienes depositaron en él su confianza: “I saw my garden as a symbol of my life. Like a gardener, a leader must take responsibility for what he grows – he plants the seeds and watches them grow and then harvests the results” (Mandela 1998, 109). Este mismo sentido de responsabilidad para con quienes son seguidores se evidencia en el caso de Moisés, en tanto el líder bíblico se atreve a oponerse a la opinión de Dios con el propósito de salvar al pueblo que considera como propio aun cuando sabe que estos han pecado.

Por consiguiente, se podría decir que si bien quien lidera no siempre sabrá con certeza que la decisión que toma es la adecuada, la existencia del líder como figura conceptual es necesaria a la hora de llevar a cabo una revolución. Más aún, quien se presente como líder debe provenir de “afuera” ya que, siguiendo las ideas de Lenin (1929), esta es la única forma en la que la conciencia política para emprender una revolución tendrá lugar entre las masas. En cierto sentido encontramos que esta premisa se cumple en el caso de Sudáfrica en tanto las raíces de Nelson Mandela se encuentran en las tribus africanas pero, debido a su crianza y a su educación, ha sido influenciado por Occidente:

Western civilization has not entirely rubbed off my African background and I have not forgotten the days of my childhood when we used to gather round community elders to listen to their wealth of wisdom and experience (Mandela 2011, 23).

En suma, vemos que en la figura de Nelson Mandela se presenta el carácter dual del líder, en tanto este posee atributos que lo hace parte de la población africana y lo relacionan con las tribus de esta tierra pero, en simultáneo, se encuentra embebido en la cultura occidental. Con relación a la primera porción de su identidad, tenemos que las enseñanzas que Mandela recibió como niño quedarán por siempre grabadas en su memoria y afectarán de manera significativa su forma de desenvolverse en la arena política:

As I look back to those days I am inclined to believe that the type of life I led at my home, my experiences in the veld where we worked and played

together in groups, introduced me at an early age to the ideas of collective effort. (...) in the mid 1940s when I was drawn into the political struggle, I could adjust myself to discipline without difficulty, perhaps because of my early upbringing (Mandela 2011, 10).

Sin embargo, Mandela admite que prestar respeto a sus costumbres y tradiciones será apropiado en tanto ello tenga como objetivo mantener la unidad del grupo y no interfiera en los propósitos de la lucha contra la opresión racial (2011, 26). Aunque también considera, por momentos, que es preciso intentar reconciliar los vestigios de la tradición con las prácticas democráticas occidentales para que la institución de líderes tradicionales tenga un lugar en el gobierno (Mandela 2011, 14).



Hasta ahora hemos visto que el caso de Nelson Mandela presenta a un líder profundamente pragmático, que tomará la decisión que favorezca a la causa revolucionaria pero que, sin embargo, también tendrá sumamente en cuenta el bienestar del conjunto al cual lidera. Asimismo, queda en evidencia la importancia que Mandela le asigna al trabajo en conjunto y al hecho de formar parte de un movimiento. Aun así, un análisis del líder africano por excelencia no sería completo si no se tiene en cuenta lo que podría considerarse su lado más humano, es decir, el Mandela que duda y que se pregunta si hizo bien en optar por el camino de la revolución. Si bien, por un lado, pareciera que en estos momentos no se evidencia con claridad el carácter extraordinario del líder, por otro lado, este rasgo de su personalidad es lo que, justamente, les permite liderar de manera tan extraordinaria ya que, al reconocerse como seres carentes, líderes como Mandela y Moisés se vuelven conscientes de su humanidad y pueden accionar para intentar saldar ese desbalance que, de otra forma, les hubiese impedido evolucionar.

Nelson Mandela llegó a Johannesburgo, una ciudad por demás occidental, escapando del destino tribal que le esperaba. Para este momento, nuestro futuro líder era tan solo un joven decidido a progresar. No pasó mucho tiempo hasta que decidió involucrarse de forma activa en la política y, por ello, se unió al ANC y formó parte de la conocida Liga Joven del partido junto con personajes como Oliver Tambo, quien también terminaría siendo un referente del movimiento. Sin embargo, dadas las condiciones políticas y las

duras medidas que el gobierno impuso sobre los africanos, todos los miembros del ANC se vieron obligados a trabajar de forma clandestina en pos de la liberación de Sudáfrica. Llegado este momento, Nelson Mandela tuvo que enfrentarse a una de las decisiones más difíciles de su vida, esto es, si aceptar esconderse y actuar de forma clandestina para asegurar la continuidad de la lucha o si quedarse con su familia. Si bien el líder siempre estuvo dispuesto a hacer lo necesario con tal de que el movimiento siguiera vigente, por momentos se cuestionó si tanto esta como otras decisiones fueron las correctas en tanto lo acercaron a su objetivo político pero lo alejaron de sus seres más preciados. Justamente, en *Conversations with Myself*, el líder recuerda una noche perteneciente a la épica en la que se debatía la decisión acerca de si adoptar la clandestinidad:

... We sat up until about midnight and as they were leaving the house my daughter Makaziwe, then two years old, awoke and asked me if she could come along with me. Although I have been confined to Johannesburg, pressure of work had allowed me little time to spend with the family and I was well aware of the longing that would eat away their insides as I drifted further and further from them on my way to the Transkei. For some seconds a sense of guilt persecuted me and the excitement about the journey evaporated. I kissed her and put her to bed and, as she dozed away, I was off (Mandela 2011, 57).

Este dilema no hizo más que acrecentarse durante el tiempo que Nelson Mandela pasó en prisión. Durante estos años el líder se encontró profundamente distanciado, no solo de la vida política del exterior, sino también de su familia y sus seres queridos. Los años que Mandela vivió encarcelado resultaron particularmente desafiantes que ya se le permitía limitado contacto con el exterior y esto significaba que su rol como hombre de familia se veía severamente perjudicado. Esto último se agravaba en tanto Mandela poseía valores tradicionales en lo que respecta a la familia y se consideraba a sí mismo como el responsable de proveer tanto para su mujer como para sus hijos, su madre y también, en ciertos momentos, a sus hermanas. En repetidas ocasiones Mandela se pregunta si unirse a la lucha no es un instrumento del cual él dispone para hacer caso omiso a sus obligaciones familiares: “I have often wondered whether a person is justified in neglecting his family to fight for opportunities for others. [...] Is politics in

such cases not a mere excuse to shirk one's responsibilities?" (Mandela 2011, 57). Sus dudas se acrecientan a medida que los años en prisión avanzan y que, en simultáneo, la situación para sus seres queridos en el exterior empeora: por un lado, su mujer Winnie Mandela es encarcelada más de una vez, lo que supone que sus hijas quedan más vulnerables; por otro lado, su madre enferma y fallece, y otro de sus hijos muere en un accidente automovilístico. En este sentido, Mandela se lamenta por el sufrimiento de quienes más quiere pero, a fin de cuentas, se reasegura a sí mismo que ha tomado la decisión correcta al comprometerse con el movimiento de liberación:

... when I sat down to think about this, I said, 'Well nevertheless, I have taken a decision a correct decision' because they are not the only people who are suffering. Hundreds, millions, in our country are suffering and so I felt I had taken a correct decision (Mandela 2011, 179).

La misma sensación de desazón e impotencia es sentida también por los miembros de la familia de Mandela, quienes consideran que la completa devoción del líder por la lucha revolucionaria los ha dejado incompletos. En este sentido, Zindzi Mandela, una de sus hijas, relata en su poema *A tree was chopped down* la sensación que provoca no contar con Mandela en momentos importantes: "I cried/ because I had lost a family/ the trunk, my father/ the branches, his support" (Mandela 2011, 229). Entonces, la dedicación de Mandela a la causa que es tal que no solo lo aleja de su familia sino que también lo priva de realizar otro tipo de actividades, al punto que el mismo líder admite que el precio a pagar es dejar de hacer las cosas que le gustaría hacer (Mandela 2011, 396).

En suma, la labor del líder supone que, por un lado, se topará con soledad en tanto será él quien decida en representación del colectivo pero no siempre podrá consultar con otros acerca del curso de acción por el que ha optado. Por otro lado, tendrá que enfrentarse a profundos momentos de soledad ya que deberá responsabilizarse por las decisiones que ha tomado, no solo en nombre del pueblo, sino también en nombre de sí mismo en tanto hombre. Con relación a este último punto, es preciso recordar que el líder en tanto humano posee una faceta personal la cual, muchas veces, dejará de lado para dedicar su vida a la causa. En estos casos corre el riesgo de enajenarse por completo de quienes lo rodean y de transmutar para pasar a ser reconocido únicamente como figura pública, en tanto será indiscutidamente asociado al movimiento de liberación al cual representa. Resumiendo, vemos también que el líder se enfrenta,

efectivamente, a un doble momento de soledad ya que, por un lado, se enfrenta a un problema determinado y es incapaz de compartir estas inquietudes con el grupo al cual lidera y, por el otro, debe aparecer como sabe que no lo es o, en otras palabras, muchas veces debe presentarse como un ser plenamente confiado de la decisión que está tomando aunque sabe que ello no es así. Estas facetas de la soledad que aqueja al líder se encuentran presentes, como hemos señalado previamente, en el Moisés bíblico y en su travesía en tanto líder ya que es él quien debe tomar ciertas decisiones sin saber sus resultados. En este sentido, el mero hecho de confiar en la palabra de Yahvé es evidencia de esta soledad ya que, si bien Moisés posee cierta garantía de que el destino se desenvolverá como le ha sido prometido, el pueblo a quien lidera no confía plenamente ni en sus decisiones ni en el Dios que los ha sabido liberar.



Universidad de
San Andrés

CONCLUSIÓN

Dos realidades, un mismo modelo metafísico

A lo largo del presente trabajo hemos abordado la problemática del liderazgo político para dejar en evidencia que existe una estructura metafísica que subyace la fenomenología del líder. En este sentido, el líder se enfrenta a ciertos desafíos y presenta una serie de características que se mantienen vigentes.

Más específicamente, hemos visto que Moisés, en tanto referente de los hebreos, ha llevado a cabo un crecimiento personal que le ha posibilitado crecer como ser político para poder, en definitiva, liderar al pueblo de Israel en su salida de Egipto y en la travesía hacia Canaán. En la Biblia, el hombre se presenta como un ser ontológicamente carente que, a su vez, tiene como característica intrínseca el empezar desde abajo y elevarse a medida que pasa el tiempo. Sin embargo, si bien el hombre tiene la capacidad de crecer en autoconsciencia esta capacidad debe ser fomentada por la intervención de otro. Por ello, la figura de Dios se presenta como inevitablemente necesaria para el desarrollo del hombre.

Justamente, es la relevancia de Yahvé en la Biblia lo que diferencia los casos estudiados y, cabe aclarar, no es el fin de este trabajo de graduación intentar reconciliar ambos relatos ya que, salvando las distancias temporales y contextuales, el presente estudio intenta explorar las estructuras fenomenológicas de ambos líderes. En este sentido, en el caso de Moisés leemos un relato o mito mientras que en el caso de Nelson Mandela hay también gran parte de elaboración histórica. Por ello es que cabe la posibilidad de que el narrador bíblico haya omitido momentos en los que Moisés erró pero, con más razón, se vuelve particularmente interesante el estudio de esas situaciones que sí han sido plasmadas en el Biblia y que muestran las problemáticas con las que se enfrenta Moisés. Precisamente, a través de su existencia podemos afirmar con mayor confianza que estas problemáticas se ven inevitablemente ligadas al dilema del liderazgo político. Entonces, se vuelve relevante un estudio de la labor de Nelson Mandela desde la teología política ya que, si nos remontamos a la creación del Éxodo en tanto relato, observamos que luego de las escrituras la civilización que surge acaba secularizándose, no sin antes haber sido profundamente influenciada por los conceptos y las ideas bíblicas. En otras palabras, encontramos que pensadores y escritores de teoría política han estudiado la

Biblia y que, en simultáneo, líderes como Nelson Mandela han actuado “preformateados” por el relato mosaico.

Dicho esto, es preciso destacar la relevancia de Dios en la historia del Éxodo, no solamente por su carácter omnipotente, sino también porque Él necesita construir una relación con un agente que lo acompañe pero, al mismo tiempo, se pregunta recurrentemente si es preciso apoderar a su acompañante. Esta necesidad nos lleva a considerar la posibilidad de que una persona autoconsciente debería querer ejercer autoridad para cubrir el vacío que le supone su soledad. En este sentido, construir una relación de autoridad se presenta como un equivalente a re-construir una relación de comunidad perdida o, en otras palabras, a construir una relación de compañía entre la autoridad y el resto. Por ello, podríamos establecer un paralelismo entre Dios y los gobernantes, en tanto ambos quieren gobernar porque, en el fondo, se sienten solos. En esta visión, vemos que la política se presenta como el remedio vertical a la soledad que aqueja al poderoso.

Precisamente, es este movimiento el que se observa en la figura de Nelson Mandela y en su evolución en tanto líder. A través de su vida, Mandela experimenta una serie de eventos que lo hacen crecer en autoconsciencia y le permiten desarrollar los atributos que, más tarde, le servirán para convertirse en uno de los máximos referentes del movimiento de liberación. Asimismo, el caso de Mandela deja en evidencia que muchas de las problemáticas que aquejan al líder se mantienen vigentes, en tanto su historia remite a los conceptos tratados por autores de teoría política. En este sentido, la vida política de Mandela se encuentra atravesada por la soledad que experimenta el líder así como por otras cuestiones, como podrían ser el carácter dual de su identidad. Sin embargo, es preciso destacar que, dado el momento histórico en el que sucede el apartheid, al líder se le presenta un desafío sumamente particular: Mandela, como referente político, es uno de los encargados de fundar un estado moderno cuando, justamente, el estado como realidad se encuentra profundamente en crisis. Si bien este trabajo no toma como variable fundamental del estudio el contexto en el cual se desenvuelve el líder, es interesante tener en cuenta esta paradoja a la hora de considerar la figura de Mandela como funcionario público y como fundador de un estado, en tanto es el líder quien instaura normalidad luego del momento excepcional.

En suma, se podría decir que el liderazgo político requiere de un personaje lo suficientemente extraordinario como para ser quien realice el pasaje de la situación de excepción a la de normalidad en un momento en el cual, precisamente, no hay norma que disponga cómo actuar. Asimismo, el líder tiene que ser capaz, no solo de fundar un estado, sino también de crear una sociedad política en la cual quienes participen formen parte de un conjunto, esto es, de una comunidad. Una vez instaurada la normalidad, será preciso asegurarse de contar con un cuerpo de individuos que le permita delegar funciones en tanto él deberá ausentarse. Ahora bien, la propia naturaleza de esta figura lo invita a la reflexión ya que este será uno de los medios a partir del cual el líder crecerá en autoconsciencia para poder convertirse en el ser humano que liberará a su pueblo de la opresión.



Universidad de
San Andrés

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. 1995. *Politics*. Editor Ernesto Barker. Oxford: Oxford University Press.
- Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. 2005. *Diccionario de política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Burt, Robert. 2012. *In the whirlwind: God and humanity in conflict*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Clark, Nancy y William Worger. 2011. *South Africa: The rise and fall of Apartheid*. Londres: Routledge.
- Dotti, Jorge. 1996. "Teología política y excepción". *Daimon, Revista de Filosofía*. Julio- Diciembre, No. 13: 129- 140.
- Freud, Sigmund. 1988. *Moisés y la religión monoteísta y otros escritos sobre judaísmo y antisemitismo*. Buenos Aires: Proyectos Editoriales.
- Galimidi, José Luis. 2003. "Moisés, o la política en el desierto", *Deus Mortalis*. 2.
- Galimidi, José Luis. 2007. La verdad y su recepción en *Utopía* de Tomás Moro. *Deus Mortalis*, No. 6, 49-81.
- Glad, Betty and Robert Blanton. 1997. F.W. de Klerk and Nelson Mandela: A study in Cooperative Transformational Leadership. *Presidential Studies Quarterly*, Vol. 27, No. 3, 565-590.
- Keohane Nannerl O. 2014. "Chapter 2: Western political thought" en *The Oxford Handbook of Political Leadership*, editor R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. New York: Oxford University Press.
- Keohane, Nannerl O. 2010. *Thinking about leadership*. Princeton: Princeton University Press.
- Lenin, Vladimir Ilych. 1929. *What is to done?* New York: International Publishers.

Mandela, Nelson. 1995. *Long walk to freedom: The autobiography of Nelson Mandela*. Boston: Little Brown

Mandela, Nelson. 2011. *Conversations with myself*. Londres: Pan.

Maquiavelo, Nicolás. 2006. *El príncipe*. Buenos Aires: Losada

Platón. 1961. *The collected dialogues*. Editor Edith Hamilton and Huntingdon Cairns. New York: Pantheon, Bollingen Series.

Rousseau, Jean-Jacques. 1998. *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Alianza Editorial.

Schmitt, Carl. 2009. *Teología política*. Madrid: Editorial Trotta.

Schock, Kurt. 2005. *Unarmed Insurrections: People Power Movements in Nondemocracies*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Walzer, Michael. 1986. *Exodus and revolution*. United States: Basic Books.

Weber, Max. 1958. "Politics as a vocation" en *From Max Weber: Essays in sociology*, editor H. H. Gerth y C. Wright Mills. New York: Oxford University Press.

Wildavsky, Aaron. 2005. *Moses as a political leader*. Jerusalem: Shalem Press